

San Francisco de Asís

Evangelio viviente

El insigne católico alemán Joseph Lortz escribió acerca de San Francisco: “Es el santo más grande de toda la Edad Media. En él todo es tan sencillo, tan auténtico y tan esencial que su comprensión está al alcance de todo el mundo. El Poverello (Pobrecillo) de Asís “constituye por sí mismo una apología deslumbrante y triunfal de la Iglesia católica. Ninguna otra religión posee una personalidad dotada de una riqueza espiritual tan grande”.

El escritor racionalista francés del siglo XIX, Ernesto Renan, dijo de San Francisco que fue de todos los hombres el que tuvo el sentimiento más vivo de su relación filial con el Padre”.

El papa Benedicto XV (1914-1922) afirma del Santo de Asís que fue “la imagen más perfecta que hubo nunca de Nuestro Señor”.

Y Vladimir I. Lenin en una carta a un amigo, que escribió antes de morir, decía: “Me he engañado a mí mismo. Indudablemente era necesario liberar a las masas oprimidas. Sin embargo, nuestros métodos originaron otras opresiones y horribles masacres. Sabes que estoy enfermo de muerte. Me encuentro perdido en un océano de sangre formado por innumerables víctimas. Esto era necesario para salvar a nuestra Rusia, pero es demasiado tarde para retroceder. Necesitaríamos diez Franciscos de Asís”.

El gran líder ruso se dio cuenta de que el odio y la violencia destruyen a los pueblos. Sólo el amor, simbolizado en San Francisco, los salva.

Nació en 1181 ó 1182 en la Umbría, en el centro de Italia, en la ciudad de Asís.

Hijo de un rico mercader, Pedro Bernardote, fue bautizado como Juan. Pero el padre, al regresar de Francia, donde vendía sus telas, le cambió el nombre por el de Franquesco (Francesito).

Su juventud no fue disoluta, pero sí vivió como hijo de un burgués acaudalado, frívolamente, gastando dinero con sus amigos...



San Francisco de Asís recibiendo la confirmación papal de la Orden Franciscana.

Pero Dios tenía su camino con el joven asisiense. Hacía los 25 años la gracia lo transformó.

Un día que oraba ante el crucifijo de una iglesia en ruinas en San Damián oyó la voz de Cristo: “¡Francisco, ve y repara mi Iglesia!” Él la interpretó literalmente y empezó a reparar iglesias, sin saber entonces que el Señor le pedía la renovación espiritual de la Iglesia. Comprendió que debía vivir pobre y empezó a desprenderse de sus ricas vestiduras, lo cual provocó la ira del avaro padre, que lo acusó al obispo de Asís. Allí exclamó: “Hasta ahora he llamado padre mío a Pedro Bernardone; pero como tengo propósito de consagrarme al servicio de Dios, le devuelvo el dinero por el que está enojado y todos los vestidos que de sus haberes tengo; y quiero desde ahora decir: “Padre nuestro, que estás en los cielos, y no padre Pedro Bernardone” (“3 compañeros”, capítulo 6, n.20). Después por 3 años estuvo viviendo como mendigo y tenido por loco. Un día de 1209, escuchando el Evangelio de la misión de los discípulos, descubrió su definitiva vocación: “vivir según la forma del Santo Evangelio” (Testamento). A partir de entonces su

santa obsesión será vivir el Evangelio literalmente, o sea, hasta sus últimas consecuencias. Se quitó el vestido de peregrino, se vistió de una sencilla túnica atada por una cuerda y con los pies descalzos. Entonces se le juntaron los primeros compañeros: Bernardo de Quintaval, Pedro Catanio y Gil de Asís (luego beatificado).

Cuando llegaron a 12, Francisco escribió la “regla primitiva”, que no se conservó pero se sabe que se reducía a textos evangélicos. También pensó, con su profundo sentido eclesial, acudir a Roma para pedir la aprobación del Romano Pontífice, Inocencio III. Providencialmente se encontró con el obispo de Asís, Guido, con el que mantendría siempre gran amistad. Éste lo presentó al cardenal Juan de San Pablo. Éste, antiguo cisterciense, trató de que ingresara en algún monasterio o se retirase a hacer vida eremítica. Pero Francisco se negó totalmente y ganó al Cardenal para su causa, lo cual le permitió vencer la oposición de la curia romana, a la cual parecía imposible vivir sin propiedades.

La nueva Orden fue aprobada por el Papa en 1210 (o 1209). El Cardenal de San Pablo, con la autoridad del Papa, confirió a los 12 la tonsura clerical que les garantizaba la inmunidad eclesiástica.

Los benedictinos le cedieron la capillita de la Porciúncula (Santa María de los Ángeles); donde Francisco había descubierto la vocación evangélica. Allí se albergaban en chozas de barro y ramaje.

Al principio el grupo se identificaba como “penitentes de Asís”. Después “pobres menores”. Al fin Francisco optó por el de “hermanos menores”. Así se conocen hoy: “Orden de Frailes Menores”: O.F.M. Fraternidad y minoridad sintetizaban el ideal evangélico.

En 1212 la joven Clara de Asís, atraída por el ideal evangélico, dio origen a las “Damas pobres de San Damián”, hoy llamadas clarisas. Los laicos quisieron vivir también el ideal franciscano en el mundo. Y así surgieron fraternidades de penitentes que se llamaron Tercera Orden Franciscana (T.O.F.) y actualmente Orden Franciscana Seglar (O.F.S.), aunque también admite sacerdotes diocesanos.

Pero Francisco no quería limitar a Italia su mensaje. En 1212 intentó ir a Siria. Fracasando en su intento, pasó a España para internarse en tierra de moros. Al enfermarse en el viaje se contentó con ir en peregrinación a Santiago de Compostela.

La fraternidad creció rápidamente en la primera década. Pero esto trajo sus peligros. Muchos “andaban vagando fuera de la obediencia”, o estaban ociosos desprestigiando a la Orden.

Por otra parte, como en la época había muchos movimientos pauperísticos heréticos (cátaros, valdenses, humillados de Lombardía...) los obispos desconfiaban de ellos. Por eso, en el capítulo 19 de la regla de 1221 (no bulada), dice: “Todos los hermanos sean católicos y vivan y hablen como católicos”.

Además, los elementos mejor dotados (*fratres sapienses, scientis, clerici*) echaban de menos una organización más eficiente, una legislación más precisa y adoptar elementos de otras órdenes monásticas de vasta experiencia.

El cardenal Hugolino (futuro papa Gregorio IX) supo guiar a Francisco prudentemente. El santo sufría mucho interiormente a consecuencia de las mitigaciones impuestas a su género de vida, pues creía que ponían en peligro la realización de toda su obra, que Dios le inspiraba.

“Pero San Francisco se sometió a la voluntad del representante del Papa. La fuerza misteriosa de la más viva obediencia heroica jamás se ha mostrado en todo el curso de la historia de la Iglesia de un modo tan esplendoroso como en San Francisco. Éste consiguió reformar la Iglesia porque renunció a su voluntad propia. En cambio los cátaros y valdenses fracasaron porque criticaban, pero no se sometían”. (Joseph Lortz: *Historia de la Iglesia a la luz de la historia de las ideas*).

El santo era aclamado por las multitudes. Pero siempre se mantuvo en profunda humildad. En cierta ocasión fray Masco le preguntó: “En qué concepto te tienes?” Francisco respondió: “Me parece que soy el más grande de los pecadores, porque, si Dios hubiese tenido con un criminal tanta misericordia como conmigo, sería diez veces más espiritual que yo” (Tomás de Celano, vida 2ª, capítulo 86 no. 123).

En la vida de Francisco resalta el amor a la Iglesia, al Papa, a los obispos, a los sacerdotes. En su época no eran raros los sacerdotes que llevaban una vida desordenada. Pero el Santo no consideraba en ellos sus pecados sino el Cuerpo y la Sangre de Cristo que ellos hacen presente en la Eucaristía.

Sí. Es cierto lo que afirma Joseph Lortz: “ninguna otra personalidad ha tenido una vida anímica tan rica, cimentada

**La alegría franciscana
bebe en fuentes humanas y cristianas.
Entre las fuentes humanas se destaca
la contemplación de las criaturas,
a las que llamaba hermanos:
el sol, la luna, las estrellas, el viento,
el agua, la madre tierra,
el fuego, etcétera. Dicha contemplación
lo llevó a componer,
en medio de grandes dolores,
el *Cántico de las criaturas*.
Las criaturas son huellas de Dios
en la tierra y a través de ellas
Francisco alaba y da gracias a Dios.**

tan total y absolutamente en la experiencia interna y personal. Sin embargo, Francisco hunde hasta la última de sus raíces en las energías vitales de la sustitución objetiva de la salvación, la Iglesia”.

Un elemento importante de la espiritualidad franciscana es la alegría. Francisco fue profundamente alegre. Aún en sus numerosas tribulaciones físicas (quedó casi ciego, dolores en el brazo, en el estómago, etcétera.) y morales (incomprensión de su elevado ideal, etcétera). Se preocupaba cuando veía a un fraile triste porque veía en ello la obra del demonio.

La alegría franciscana bebe en fuentes humanas y cristianas. Entre las fuentes humanas se destaca la contemplación de las criaturas, a las que llamaba hermanos: el sol, la luna, las estrellas, el viento, el agua, la madre tierra, el fuego, etcétera. Dicha contemplación lo llevó a componer, en medio de grandes dolores, el “Cántico de las criaturas”. Las criaturas son huellas de Dios en la tierra y a través de ellas Francisco alaba y da gracias a Dios.

Pero la más sorprendente fuente de alegría para el Santo es el vencerse a sí mismo y el soportar de buen grado toda injuria por amor a Cristo. Es lo que decía San Pablo: “Líbreme Dios de gloriarme si no es en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, en la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo” (Gal. 6.14).

El Pobrecillo lo desarrolla en la parábola de la perfecta alegría, que fue ampliada en las “Florecillas”, pero que tiene una redacción primitiva; que empleamos.

Se trata de un diálogo con fray León, al que dice que la verdadera alegría no consiste en que todos los maestros de París han venido a la Orden. Ni en que hayan venido a la Orden todos los prelados ultramontanos (más allá de los Alpes) arzobispos y obispos; también los reyes de Francia y de Inglaterra. Ni en que se hayan convertido todos los infieles y yo haga muchos milagros.

La verdadera alegría –dice el Poverello a Fray León– está en que si llego a la Porciúncula de noche, en invierno helado, el portero me rechaza: “Aquí no entras”. Y al insistir de nuevo, contesta: “Largo de aquí: Tú eres un simple y un paleta. No te necesitamos. Vete al lugar de los crucíferos y pide allí”. Te digo: “si he tenido paciencia y no he perdido la calma; en eso está la verdadera alegría, y también la verdadera virtud y el bien del alma”. (“La verdadera y perfecta alegría” en *San Francisco de Asís*, BAC, Madrid, 1978, pág. 85s).

El papa Horacio III aprobó la Regla Franciscana en 1223. Aún con el carácter jurídico de toda regla, en ella está presente el espíritu del Poverello de Asís.

Dos años antes de morir, en 1224, Francisco recibió en el monte Alverna (en Toscana) las llagas de Cristo. Por eso se le llama “el estigmatizado del Alverna”. Fue como el sello que culminó su amor al Señor.

La Orden de San Francisco se distingue de las órdenes anteriores a ella por:

1. La Orden en cuanto tal no puede poseer nada.
2. Desaparece la “estabilidad del lugar” pues los frailes debían

ir de un convento a otro según le mandaran los superiores provinciales.

3. La Orden estaba gobernada de modo unitario (Ministro General).

“La obra franciscana fue una auténtica revolución cristiana. Sus labios no pronunciaron la palabra revolución, pero su movimiento la produjo realmente” (W. Nigg. *El secreto de los monjes*, San Sebastián 1956, página 313).

Se concibe que el Colegio Cardenalicio lo considerara imposible y nunca visto en la Iglesia, hasta que uno de los presentes advirtió que pensar así era renunciar al Evangelio.

La Orden Franciscana tiene 3 ramas:

1. Los franciscanos, a secas (O.F.M.)
2. Los capuchinos, que surgieron en el siglo XVI (O.F.M. Cap.)
3. Los conventuales, que tienen una regla mitigada (O.F.M. Conv.)

La segunda Orden con sus 2 ramas femeninas: las clarisas, fundada por Santa Clara de Asís; y las concepcionistas, fundadas por Santa Beatriz de Silva, portuguesa, en el siglo xv.

La tercera Orden, que comprende religiosos (Tercera Orden Regular: T.O.R; más de 300 congregaciones religiosas femeninas y laicos (O.F.S.).

Santos franciscanos: En el siglo XIII el portugués San Antonio de Padua, el doctor evangélico; en el siglo xv San Bernardino de Sierra y el vallisoletano San Pedro Regalado; en el siglo xvi, San Pedro de Alcántara, confesor de Santa Teresa de Jesús y San Pascual Bailón, español, patrono de los congresos y asociaciones eucarísticas; en el siglo XVIII el predicador popular San Leonardo de Porto Mauricio. Sólo en la primera orden son casi 70 los franciscanos canonizados.

Terminamos con una alocución de Su Santidad Juan Pablo II en Asís el 5 de noviembre de 1978:

“Ayúdanos San Francisco, a acercar a Cristo a la Iglesia y al mundo de hoy”.

“Tú que has llevado en tu corazón las vicisitudes de tus contemporáneos, ayúdanos, con el corazón cercano al corazón del Redentor, a abrazar las vicisitudes de los hombres en nuestra época; los difíciles problemas sociales, económicos, políticos, los problemas de la cultura y de la civilización contemporánea, todos los sufrimientos del hombre de hoy, sus dudas, sus negaciones, sus desbandadas, sus tensiones, sus complejos, sus inquietudes”.

“Ayúdanos a traducir todo esto a un lenguaje evangélico sencillo y provechoso”.

“Ayúdanos a resolver todo en clave evangélica, para que Cristo mismo pueda ser Camino, Verdad, Vida para el hombre de nuestro tiempo”. Ω

* *Sacerdote franciscano. Ejerce su ministerio en la arquidiócesis de La Habana.*